

RICARDO ANGOSO

Turquía: entre el auge islamista y la Unión Europea

Un partido islamista, el Partido del Bienestar, liderado por Nemettin Erbakán, resultó vencedor en los últimos comicios celebrados en Turquía. Por su parte, los magros resultados obtenidos por los partidos laicos así como sus diferencias insalvables a la hora de llegar a acuerdos o coaliciones no han posibilitado la formación de un gobierno duradero y estable. Como en otros países, son los problemas de desestructuración social derivados de una modernización virulenta, la crisis económica y la desprotección de los sectores más desfavorecidos los que han alentado el auge islamista. Esta es la situación desde la que Turquía se acerca a la Unión Europea. El acuerdo aduanero alcanzado el pasado año entre los Quince y este país es fundamental en este camino. Antes de una integración plena, Turquía deberá resolver sus problemas con Chipre y Grecia.

Ricardo Angoso es licenciado en Ciencias Políticas y Sociología y periodista especializado en los Balcanes.

El islamista Partido del Bienestar (PB), liderado por un profesor de universidad llamado Nemettin Erbakán, ganó las últimas elecciones generales celebradas en diciembre pasado en Turquía. Esta formación política se situó a bastante distancia de lo que los sondeos previos a las elecciones pronosticaban y de los resultados que había obtenido en las últimas elecciones municipales, en las que los islamistas obtuvieron 28 de las 76 capitales de provincia turcas, entre las que se encontraban Ankara, Estambul y Konya.

El PB, tal como habían indicado sus líderes en los prolegómenos de la campaña, esperaba obtener alrededor de los 250 escaños, muy cerca de la mayoría absoluta y con muchas posibilidades de gobernar en mayoría. En lugar de eso, los resultados fueron bien distintos: los islamistas conseguían el 21,3% de los sufragios y 158 escaños. El centro derecha turco, que ha controlado la vida política desde 1989 hasta 1995, aparecía dividido en dos grandes opciones —el gubernamental Partido de la Recta Vía (DYP) y el Partido de la Madre patria (ANAP)— que cosechaban algo menos del 40% en términos porcentuales. El DYP, con menos

votos que el ANAP, conseguía 135 escaños y ANAP 132. Estas dos fuerzas, unidas en una coalición electoral, podrían haber superado ampliamente a los islamistas, aunque las diferencias personales entre la primera ministra Tansu Ciller, líder indiscutible del DYP y Mesuz Yilmaz, cabeza de lista por ANAP, imposibilitaron un acuerdo previo a las elecciones. El partido de la primera ministra perdía votos con respecto a los anteriores comicios generales y municipales, pero éstos no iban a parar, como era de suponer, a los islamistas.

También los socialdemócratas del Partido Republicano (CHP), conducidos por el ministro de exteriores Deniz Baykal, obtuvieron unos resultados bastante distantes de lo que señalaban las encuestas; conseguían superar la barrera del 10% que permitía el acceso al legislativo y 50 representantes parlamentarios, un potencial importante de cara a la formación de un gobierno tripartito, toda vez que los dos grandes partidos del centro derecha no superaban la mayoría necesaria que permitiese la estabilidad de un ejecutivo de coalición. Pero el Partido Republicano quedaba muy lejos de sus resultados anteriores, en los que obtuvo casi el doble de votos y escaños. Su participación en el Gobierno de coalición que lideraba Ciller podría ser la causa que explica esta fuerte erosión de su base electoral.

Los resultados obtenidos por la izquierda turca, representada en este caso por el Partido Democrático de Izquierda (DSP) del ex primer ministro Bullent Ecevit, estaban a la altura de lo esperado: conseguía casi el 15% de los votos y 75 escaños. Se convertía en la cuarta fuerza política del arco parlamentario y en la tercera de las formaciones laicas.

Con este legislativo, Baykal y Ecevit se convertían en los árbitros de la vida política. Sus formaciones, junto con el Partido de la Recta Vía de Tansu Ciller y el ANAP de Mesut Yilmaz, habían anunciado durante toda la campaña que nunca pactarían con los islamistas de Erbakán. Los cuatro partidos del parlamento de Ankara, dos conservadores y dos socialdemócratas, decidieron en un principio no aliarse con el PB y sus aliados de ultraderecha en las elecciones por estimar que el laicismo de la República que fundó en 1923 Mustafá Kemal (Atatürk), que abolió entonces el califato, es irrenunciable.

No obstante, las diferencias entre los partidos laicos han provocado unas largas conversaciones que pueden desembocar en la convocatoria de unas nuevas elecciones generales, toda vez que resulta imposible la formación de un gobierno de coalición duradero y estable. Sin embargo, no hay que menospreciar el potencia de los islamistas. El PB conserva altas cuotas de poder local, con varios miles de concejales y alcaldes; una fuerte presencia parlamentaria, que le ha llevado a convertirse en el partido con más escaños; más de cinco millones de votos y es, seguramente, la fuerza con más medios materiales y económicos, gracias a las generosas aportaciones económicas de Arabia Saudí e Irán. Además de contar con un canal de televisión, el TRGT, el PB controla varias decenas de medios de comunicación, asegura poseer casi un millón de militantes y ha ganado en los más importantes centros urbanos turcos, entre los que se encuentran Ankara, Estambul y Konya.¹ Seguramente, el PB es el partido mejor organizado de la sociedad turca y su relativa victoria en los últimos comicios, teñida de tenue

¹ Entre ellos el periódico *Turkiye*.

derrota en aritmética parlamentaria, es todo un símbolo de hasta dónde pueden llegar los islamistas.² En estas condiciones, es más que seguro que el PB logre consolidar e incluso superar estos resultados en unas próximas elecciones.

Las causas del islamismo y el modelo político del PB

La oleada islamista turca, en crecimiento desde hace una década, tiene varias causas. ¿Cómo ha sido posible que una fuerza política que en 1987 obtenía el 7% de los votos se haya convertido en la primera del arco parlamentario en 1995? Las principales causas están referidas a problemas sociales derivados de la irrupción de la modernidad. Como señala Paul Balta: “El mundo musulmán sufre, en efecto, formidables mutaciones. La demografía y las conmociones provocadas por el desarrollo económico han impuesto el éxodo rural y una intensa urbanización en sociedades tradicionales que eran esencialmente agrícolas o nómadas. Las burguesías urbanas se han visto sumergidas por los desheredados que reclaman una parte más equitativa”.³

Estos cambios, como explicaba Balta, sacudieron la institución familiar y provocaron una crisis de identidad, tanto en el plano social como en el individual, mientras que los jóvenes -los menores de 18 años- representan en Turquía más del 40% de la población- se sienten a menudo desarraigados e inquietos por la situación social, política y económica. Aunque también en Turquía, por su situación geográfica y política, inciden otros factores, como la influencia que tuvo la revolución iraní en las élites de los partidos islamistas, que creyeron ver en ésta un modelo político y social fácilmente importable, y el cuantioso apoyo económico que prestaban ciertos gobiernos extranjeros, como el de Arabia Saudí, a los grupos islamistas turcos.

Sin las bases sociales mencionadas y el apoyo económico extranjero es muy posible que el Partido del Bienestar no hubiese llegado hasta el primer puesto que detenta en el legislativo. Pero también la crisis económica ha ayudado a la extensión del islamismo; el PB ha crecido espectacularmente durante los últimos cuatro años, en los que la crisis económica golpeó a los sectores más desfavorecidos, que fueron los que sufrieron las consecuencias de la hiperinflación, los ajustes económicos y el desempleo. Separadas de sus raíces, estas bases sociales castigadas por la crisis económica creyeron ver en la vuelta a la religión y la esperanza en el paraíso prometido la única solución a sus problemas.

El caso turco, por lo demás, también presentaba una variante peculiar en el combate entre islamistas y modernistas. Frente a un Occidente laicizado y a las pretensiones occidentalizadoras de los partidos modernizadores y laicos, los islamistas cuestionaban el modelo kemalista y planteaban abiertamente el regreso a la ley islámica, la *sharia*, y a la tradición otomana islamista e imperial, un suerte de nacional-islamismo de fuerte contenido tradicional. Es decir, un modelo político centrado en la tradición islámica sunní, frente a la tradición aleví más relajada,

El caso turco, por lo demás, también presentaba una variante peculiar en el combate entre islamistas y modernistas.

² Dossier recopilado por Semih Vaner, *Turquie: la nouvelle donne*, La documentation française, París, n° 757, 1995.

³ Paul Balta, *Islam*, Siglo Ventiuno Editores, Madrid, 1994.

tolerante y minoritaria en Turquía, con una política exterior más orientada hacia el mundo árabe que a Europa. Los islamistas condenaron abiertamente el reciente acuerdo aduanero firmado entre la Unión Europea (UE) y Turquía y demandan la creación de un “mercado común islámico”. Pero, quizá, era más un ardid electoralero que una intención programática de denunciarlo en un futuro cercano.

La crisis económica no ha sido ajena a la difusión del islamismo y a su avance electoral. La adopción, por parte de los distintos ejecutivos turcos de finales los 80 y principios de los 90, de una política de marcado talante neoliberal provocó el abandono de algunos de los más importantes principios económicos kemalistas, como el tradicional intervencionismo estatal que aseguraba una débil pero efectiva protección social. Este neoliberalismo dominante dotó a los islamistas de excelentes argumentos en las distintas citas electorales y deslegitimó a los sectores reformistas de la sociedad. La consecuencia de todo ello es que algunas capas sociales turcas abandonaran a su suerte a los partidos tradicionales y que su base electoral se acabara erosionando, de tal forma que algunos de las opciones kemalistas clásicas, como el Partido Republicano (CHP), perdieran de unas elecciones (1991) a otras (1995) el 50% de sus votos. En la misma dirección, el Partido de la Recta Vía, de la primera ministra Tansu Ciller, bajó 9 puntos porcentuales en el mismo período. No obstante, la reforma del modelo kemalista se había producido unos años antes.

La reforma del modelo kemalista

El kemalismo (por Mustafá Kemal, Atatürk) es un conjunto de principios teóricos que beben de las aguas de dos los principales movimientos reformistas turcos de finales del siglo pasado y principios de éste: los “jóvenes otomanos” y los “jóvenes turcos”. Estas ideas, desarrolladas en parte entre los años 1919 y 1930, fueron recogidas en el programa del Partido Republicano del Pueblo, en 1931, y se sintetizaban en varios principios esenciales: republicanismo, nacionalismo, laicismo, populismo, estatismo, panturquismo y reformismo.

Más tarde, la Constitución de 1937 los recogió y los daba una forma doctrinal. Se trataba de la constitucionalización del pensamiento de Atatürk; un tipo de nacionalismo que ponía especial énfasis en la soberanía nacional de una Turquía laica, republicana, moderna y abierta a las inversiones e influencias extranjeras. Pero también el pensamiento kemalista, tal como había sostenido Atatürk entre 1924 y 1930, intentó hacer compatible ese modelo de desarrollo con el pluralismo democrático. Sin embargo, la omnipresencia del líder turco y el estricto control que ejercían de la vida política sus partidarios hizo fracasar este esfuerzo modernizador en pro de la democratización.

Entre las principales reformas inspiradas por los principios kemalistas, destacan la introducción del alfabeto latino frente al anterior en grafía árabe, la adopción del calendario gregoriano, el estatuto para la mujer, la libertad de todos los ciudadanos turcos para contraer matrimonio libremente y la aconfesionalidad del Estado y la administración. Se trataba de liquidar la tradición otomana y dotar a la nueva entidad estatal turca de una personalidad y un bagaje del que carecía en esos momentos de afirmación nacional, homogeneización cultural y asimilación de las minorías.

Tras la muerte de Atatürk, el kemalismo laicista consolidó su base social alrededor de los alevíes, una secta religiosa compuesta por la quinta parte de la población turca —entre 10 y 15 millones— y que contempla una religiosidad musulmana más tolerante, menos militante y con unos usos sociales menos rígidos. La doctrina kemalista significó para ellos una garantía para el ejercicio de su culto y la neutralización de los sunnitas.⁴ En el plano exterior, la doctrina kemalista se occidentalizó tras el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando la diplomacia de Ankara decidió la integración de Turquía en la OTAN y el país se convirtió en un fiel aliado de Estados Unidos.

Pero el pluralismo democrático, que tanto había pregonado Mustafá Kemal durante sus años en el ejercicio del poder, no avanzó. El Partido Republicano del Pueblo (PRP), considerado junto al ejército el depositario de la herencia kemalista, conservó el monopolio del poder tras la muerte de Atatürk, sin renunciar a algunas prácticas de dudosa legalidad democrática, constantes violaciones del orden legal y los derechos humanos e imposibilitando el acceso de la oposición al poder. Cuando ésta lo alcanzó, a principios de la década de los 50, el Partido Republicano del Pueblo se convirtió en un obstáculo en el proceso de democratización, deslegitimó a las otras fuerzas políticas y sumió al país en un ciclo inestable, que se extendió a su sistema político durante las décadas de los 60 y los 70.

Fruto de esa peligrosa dinámica, y ante la erupción de numerosos grupos extremistas de derecha e izquierda, varias intervenciones militares pusieron fin al juego político entre las élites civiles en varias ocasiones: 1960, 1971 y 1980. En los tres casos, los militares no cuestionaron la esencia fundamental del pensamiento kemalista y, en el último de ellos, tras un breve período constituyente, abrieron el camino al proceso democratizador que todavía no ha concluido.⁵ No ajeno a estas intervenciones militares, Estados Unidos, con algunos altibajos, prestó un indudable apoyo tecnológico y económico a las Fuerzas Armadas turcas, las más numerosas de la zona con más de 560.000 miembros; mientras que, en el plano político, se propuso el objetivo de lograr una agenda democratizadora por etapas.

Comenzada la transición hacia la democracia, la figura de Turgut Ozal es clave para entender los cambios acaecidos en los últimos años en Turquía y los que se suceden en la actualidad. Ozal ha sido el gran reformador de la herencia de Atatürk sin estridencias ni convulsiones; intentando una síntesis entre el kemalismo y el pasado, entre el Estado laico y la tolerancia hacia el resurgir del islam. Con un gran pragmatismo, desde 1987 hasta 1991, Ozal ayudó a la construcción de cientos de mezquitas, al tiempo que impulsó la apertura económica, con un considerable desarrollo del turismo, la entrada de inversiones extranjeras y la llegada de divisas europeas procedentes de la emigración turca en Europa Occidental.⁶

Este impulso exterior coincidió con el final de la URSS y la caída del bloque comunista, lo que llevó a Ozal a practicar una política de acercamiento hacia el

Tras la muerte de Atatürk, el kemalismo laicista consolidó su base social alrededor de los alevíes, una secta religiosa compuesta por la quinta parte de la población turca.

⁴ Dossier ya citado de Semih Vaner y en el que participaban, entre otros, Altan Gökalp, Rusen Cakir, Henry J. Barkey, Martin Van Bruinessen y Nicolas Beau.

⁵ Sobre la transición turca hay un artículo bastante revelador: Martin Herper, "Consolidating Turkish Democracy", *Journal of Democracy*, núm. 56, pp. 104-117.

⁶ Luis Ignacio López, "El desengaño de Turquía", *Revista Española de Defensa*, Madrid, abril de 1994, pp. 56-58.

Los problemas con Grecia y la situación en Chipre constituyen dos de las cuestiones que más afectan al proceso de integración de Turquía en todos los foros europeos.

mundo ex soviético túrquico, con el fin de proyectar la influencia política, económica, militar y cultural de Turquía en la zona. La ofensiva política se extendió a la Zona de Cooperación Económica del Mar Negro, con la participación de Rusia, Ucrania, Rumania, Georgia, Grecia, Moldavia, Armenia y Azerbayán en el proyecto.

Esta apuesta de Turquía por proyectar su imagen en la zona, y en particular en el área túrquica, continuó intacta hasta 1993, no sin antes chocar con algunos problemas; la derrota de las fuerzas azerbaijanas, que Ankara estaba apoyando, en el conflicto que las enfrentaba con Armenia provocó la caída en desgracia del presidente azerbaiyano pro turco Albufaz Elchíbei y la llegada al poder en Azerbayán de un nuevo grupo de dirigentes con más interés en fortalecer las relaciones con Moscú que con su aliado turco. Ese mismo año, tras varios años de frenética actividad de la diplomacia turca en Europa, Ankara recibió otra bofetada: la Unión Europea aplazaba *sine die* la entrada de Turquía en esta organización política y económica. Pese a su pertenencia a la OTAN, la OCSE y el Consejo de Europa, los dirigentes comunitarios prefirieron esperar a facilitar la entrada de este país de casi 60 millones de habitantes y unos 800.000 kilómetros cuadrados.

Todo ello ha provocado algunos cambios en la política exterior turca, que se ha replanteado el "neotomanismo" de Ozal tras los cambios habidos en la escena política turca en 1991. Sin variar demasiado la política económica de Ozal, la llegada al poder de Tansu Ciller, apoyada por una coalición formada por su partido y el Republicano del Pueblo, significó algunos cambios importantes: una apuesta decidida por la integración de Turquía en todos los foros europeos, un menor ímpetu en los proyectos de cooperación regional desarrollados en la zona y una clara voluntad de participar en la sociedad internacional como un actor fiel y decidido de la Alianza Atlántica y Estados Unidos, tal como quedó de manifiesto tras la entrada del ejecutivo turco en la coalición anti-Irak formada durante la guerra del Golfo.⁷ Frente al aislamiento y la neutralidad esgrimidos por el kemalismo inicial, temeroso de intervenir tras los desastres militares acaecidos por el desmembramiento del Imperio Otomano, la nueva Turquía de Ozal y Ciller ha apostado con claridad y firmeza por la paulatina incorporación a Europa.⁸ El modelo kemalista, tal como había deseado Ozal al llegar al Gobierno, había cambiado de una forma tranquila y sosegada, pero muchos problemas quedaban todavía encima de la mesa.

Grecia, Chipre y Kurdistán

Los problemas con Grecia y la situación en Chipre constituyen dos de las cuestiones que más afectan al proceso de integración de Turquía en todos los foros europeos pero, sobre todo, en los que le afectan a la Unión Europea (UE). La actitud hostil de la diplomacia helena con sus vecinos, pero especialmente con Albania, Macedonia, Turquía e incluso Alemania, ha sido una constante en los últimos

⁷ La decisión había sido tomada unos meses antes de la llegada al poder de Tansu Ciller y posteriormente fue refrendada.

⁸ Grecia llegó a invadir Turquía tras la disolución del Imperio Otomano y ocupó casi todas sus islas en las costas del Mar Egeo.

años. Recientemente, la decisión de Grecia de extender sus aguas territoriales de 6 a 12 millas provocó la indignación y protesta de Ankara, al considerar la diplomacia turca que esta decisión convertía al Mar Egeo en una “mar griega”, toda vez que un conjunto de islas helenas se extienden a lo largo de la costa turca a muy pocos millas de su territorio.

Lo mismo ocurre con el espacio aéreo: Grecia considera las diez millas como legítimas, mientras que Ankara sostiene las seis. Las acusaciones de la Administración griega en el sentido de que Turquía viola su espacio aéreo se han convertido en habituales durante los últimos años. Pero la escalada entre los dos países no ha sido tan sólo dialéctica; en el último periodo se han producido varios enfrentamientos militares entre Grecia y Turquía. En diciembre de 1995, unos días después de las elecciones generales, un avión Phantom de las Fuerzas Armadas turcas fue abatido por varios cazas griegos. Además, aparte de estas tensiones, *The New York Times* informaba recientemente de que, entre los años 1992 y 1993, Estados Unidos ha vendido 1.663 tanques y aviones de combate a Grecia, 1.509 tanques, 54 aviones de combate y 28 helicópteros de ataque a Turquía. Ambos países están a la cabeza en gastos de Defensa en relación con el PNB en Europa.

Con respecto a Chipre, la situación es muy compleja. Desde 1974 la armada turca ocupa el 40% de la isla, tras una tentativa de la junta militar griega por consumir la *enosis* –la unidad de todo el mundo griego bajo la égida de Atenas– y derribar al Gobierno integrado por griegos y turcos que lideraba Makarios. Estos hechos se producían tras una serie de atentados terroristas indiscriminados contra la minoría turca de la isla, cuyos principales responsables eran los ultranacionalistas griegos conducidos por el ex coronel griego Yeorgios Grivas. En total, el grupo de Grivas, EOKA, habría asesinado durante la década de los 60 y principios de los 70 a unos 600 miembros de la minoría turca. La caída de Makarios, en ese contexto de hostigamiento étnico, provocó la rápida reacción del Gobierno de Ankara y la invasión de la isla en apenas unas semanas. Nicosia, como el resto de la isla, quedó dividida en dos partes, entre las que se interpone la UNCYFIP (Fuerzas de las Naciones Unidas en Chipre). Tras la invasión, más de 150.000 griegos huyeron de la parte ocupada por los turcos y otros 50.000 turcos hicieron lo propio en la zona que quedó bajo la administración griega, la entidad que ostenta oficialmente el nombre de Chipre y que posee el reconocimiento internacional. En 1983, y con el apoyo de Turquía, que tiene más de 40.000 soldados en la isla, fue proclamada la República Turca del Chipre Norte, entidad no reconocida internacionalmente y presidida por el mítico Rauf Denktash, quien fuera líder de la comunidad turca durante buena parte de la era Makarios.

La cuestión kurda es no menos compleja. Turquía, pese a los intentos de asimilación cultural llevados a cabo en los primeros años de administración kemalista, no es un país homogéneo. A la división religiosa entre alevíes y sunníes, hay que añadir la étnica. En efecto, más del 20% de la población –entre 10 y 12 millones de turcos– pertenece a la minoría kurda, que posee unas inequívocas raíces lingüísticas, culturales y sociales que la diferencian de la mayoría turca.

Los kurdos de Turquía viven, además, en áreas homogéneas del sureste del país y forman una mancha que se extiende desde la ciudad de Malatya hasta Van,

pasando por Diyarbakir, Mardin y otras importantes localidades situadas en las cercanías de la frontera turco-iraquí. Desde que Atatürk fundase la República Turca, en 1923, los derechos de este colectivo no han sido muy respetados y su identidad ha sido perseguida por casi todos los ejecutivos turcos. Una administración militar fue instaurada en 1925 y tan sólo en 1991 se autorizó la utilización de la lengua kurda, tanto en los actos privados como en la vida pública. Sin embargo, este hecho no ha relajado la situación en esta región turca: desde 1984 hasta ahora la actividad del Partido de Trabajadores del Kurdistán (PKK) ha sido muy intensa en esta zona y, tras la guerra del Golfo —en la que miles de kurdos iraquíes huyeron hacia Turquía, Siria e Irán— el panorama es muy inestable. También un cambio en la estrategia del PKK, que pasó de la lucha guerrillera a la acción terrorista en las grandes ciudades, provocó una caída en el turismo a principios de la década de los 90 y un endurecimiento militar y judicial que fue condenado en algunas instancias europeas.

Tras las elecciones generales de diciembre del año pasado, en las que los grupos moderados kurdos quedaron excluidos de su participación en las instituciones al no llegar al 10% exigido para estar en el parlamento de Ankara, la situación está en un punto muerto, con escasas posibilidades de un arreglo pacífico en los próximos años.⁹

Fuerzas armadas y plena integración

Precisamente estas dos últimas cuestiones, la chipriota y la kurda, se entremezclan con uno de los grandes retos que tiene ante sí el proceso de consolidación democrática turca: la reestructuración de las Fuerzas Armadas. Dotadas de un gran potencial económico y humano, con más de 560.000 hombres, las Fuerzas Armadas turcas crecieron durante la Guerra Fría con el apoyo político, económico y tecnológico de un Occidente que deseaba frenar las aspiraciones soviéticas y las de sus aliados —Irak y Siria, principalmente— en la zona. Se trataba de crear un muro de contención a la supuesta amenaza soviética, involucrando plenamente a Turquía en las tareas de la Alianza Atlántica. Ahora, tras la descomposición del bloque socialista, su misión ha quedado circunscrita a su presencia en los dos escenarios de conflicto que posee Turquía, Chipre y Kurdistán (una palabra maldita para la administración turca que lo denomina el “sureste”). Pero también el ejército turco es uno de los actores más estables del sistema político. Su importancia en la década de los 80 y su imbricación con la herencia Atatürk y con otros ejércitos occidentales contribuirán, sin duda, en este período político más inestable y sin mayorías sólidas, a cimentar las bases en las que reside su papel fundamental. De la misma forma, la tensión permanente con Grecia contribuye a la continuidad de sus cuantiosas dotaciones. Por estos motivos, toda vez que el Ejecutivo

⁹ Sobre la cuestión kurda hay dos buenos estudios: uno bastante objetivo de Hamit Bozarslan, *La cuestión kurda*, La documentation Française, nº 709, París, agosto de 1993; y uno bastante ideologizado de Ismail Besicki, *Kurdistán, una colonia internacional*, IEPALA, Madrid, 1991. Ver el Informe del Observatorio de Conflictos del CIP sobre Kurdistán, de Esperanza Belmonte y Manuel Martorell.

turco parece más empeñado en institucionalizar sus relaciones con Europa que en reestructurar sus Fuerzas Armadas, la continuidad de su misión está garantizada.

El año 1995 fue un año clave en el camino hacia la plena integración de Turquía en la Unión Europea. El acuerdo aduanero entre los Quince y este país, punto vital entre el Oriente y Occidente, entre Europa y Asia, supuso en la práctica cuatro consecuencias inmediatas:

- 1.- La libre circulación de mercancías entre Turquía y los miembros de la UE, lo que significa la supresión completa de los derechos de aduana y otras restricciones cuantitativas.
- 2.- La armonización de las tarifas aduaneras en base a la TEC (tarifa exterior común) y las políticas preferenciales.
- 3.- El acercamiento entre ambas partes en lo relativo a sus legislaciones sobre intercambios comerciales, reglas anti-dumping, propiedad intelectual e industrial, marcas y reglamentos públicos.
- 4.- Una mayor cooperación en los siguientes dominios: energía, lucha contra los droga, protección del medio ambiente, sector bancario, intercambio de estadísticas y colaboración en el sector de seguros.

El acuerdo entre la UE y Turquía también tiene una clave política: era aprobado por el Parlamento Europeo en plena campaña electoral turca, como una muestra del apoyo y prestigio del que gozaban los partidos laicos y el Ejecutivo presidido por Tansu Ciller. Sin ánimo de querer profetizar sobre el futuro de las relaciones entre las dos partes, el acuerdo era un paso importante y allana el camino para la plena incorporación de Turquía en la Unión Europea, una vez que los escollos con Grecia y Chipre queden resueltos. En cualquier caso, el paso dado en 1995 es fundamental y constituye un aldabonazo a los partidos democráticos, europeístas y laicos que plantean la reforma del modelo kemalista, frente a los partidarios del giro radical, islamista y contrario a los intereses de Europa. De todas las formas, pese a las reformas y fisuras de una sociedad en cambio, en ebullición, Turquía sigue viviendo a la sombra de un jefe militar con ribetes de héroe a quien los turcos simplemente llaman Atatürk.

El acuerdo entre la UE y Turquía también tiene una clave política: era aprobado por el Parlamento Europeo en plena campaña electoral turca, como una muestra del apoyo y prestigio del que gozaban los partidos laicos.